

SIMÓN RODRÍGUEZ,
desde el ensayo y la ficción

Douglas Bohórquez

SIMÓN RODRÍGUEZ, desde el ensayo y la ficción

Douglas Bohórquez

ediciones
MINCI

SIMÓN RODRÍGUEZ, **desde el ensayo y la ficción**



Douglas Bohórquez

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información
Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para
la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Estela Ríos

Viceministra de Planificación Comunicacional

Kelvin Malavé

Director General de Producción de Contenidos

Edición y corrección de textos/**María Aguilar**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001708**

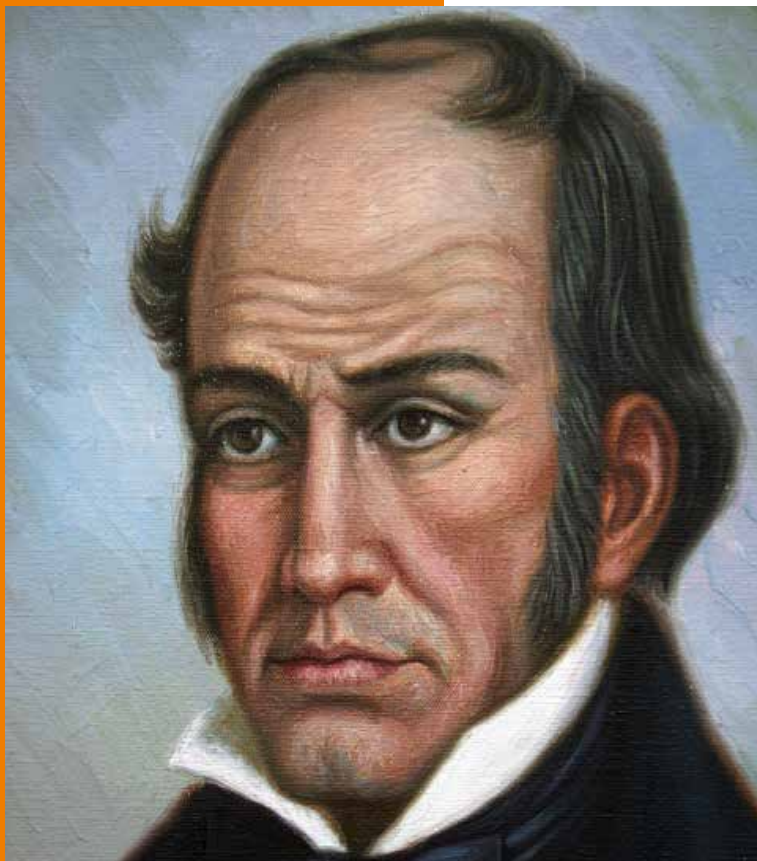
ISBN: **978-980-227-427-7**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Octubre, 2018.

SIMÓN RODRÍGUEZ,
desde el ensayo y la ficción

Douglas Bohórquez



SIMÓN RODRÍGUEZ,
desde el ensayo y la ficción

NOTA BIOGRÁFICA

El 28 de octubre de 1769 nació en Caracas Simón Rodríguez. Fue un niño expósito, aunque algunos historiadores de la época señalaron que su padre era un sacerdote llamado Alejandro Carreño y su madre fue Rosalía Rodríguez. También tuvo un hermano llamado Cayetano Carreño quien se destacó como compositor de música sacra y decidió llevar el apellido de su padre.

Su infancia transcurrió en las cercanías de la Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar de Caracas. A los 21 años ingresó como maestro en la Escuela de lectura y escritura para niños, donde fue el tutor de quien luego sería el Libertador, Simón Bolívar. Según los cronistas, Rodríguez se proyectaba como un destacado filósofo y pedagogo, pero no pudo cursar estudios universitarios pues, para ese entonces, solo los españoles y mantuanos tenían acceso a la educación. Sin embargo, esto no detuvo su formación autodidacta.

Por su vinculación con la Conspiración de Gual y España tuvo que viajar a Jamaica y cambiarse el nombre a Samuel Robinson. Luego vivió en Estados Unidos, Francia y se encontró en Italia con Bolívar para protagonizar el juramento del Monte Sacro.

Rodríguez se dedicó a estudiar profundamente el modelo educativo de Caracas en el siglo XVIII y concluyó que debían realizarse muchos cambios para adaptar la educación a las necesidades de la época. Entre los cambios que propuso fue incluir a los pardos, morenos e indios en la educación, la incorporación de materiales didácticos apropiados y la contratación de maestros con salarios justos.

Cuando Bolívar completó su proyecto de liberación le encargó la parte educativa a su maestro, pero éste no pudo concretar sus adelantadas ideas porque fue saboteado por sus adversarios. Luego, vivió en Colombia, Bolivia y se estableció en Perú donde murió el 28 de febrero de 1854.

Pequeño prefacio

Después de ser casi desconocido y malinterpretado en vida en su propio país, Venezuela, podemos decir hoy que el conocimiento sobre la figura de Simón Rodríguez (1769-1854) se ha extendido hasta volverse un tanto popular. No ocurre así con su obra que permanece desconocida, no solo en Venezuela, sino en el mundo. La figura de Rodríguez y el pensamiento que esta encarna, han sido velados por una leyenda que en torno a él se ha construido. Una leyenda que en uno de sus aspectos más reductores lo hace ver solo como “el maestro del Libertador” y en otro de sus aspectos, paradójicamente, lo sobredimensiona haciéndolo aparecer como un maestro extravagante que recurría a métodos de enseñanza poco ortodoxos o convencionales tales como desnudarse frente a sus discípulos para enseñarles anatomía.

En el forjamiento de esta leyenda y de lo que pudiéramos denominar “el mito Rodríguez” intervienen diversos factores pero uno de los que habría que destacar es el pobre o casi nulo conocimiento de su obra escrita. Una obra que

ciertamente, por su complejidad no solo pedagógica sino también filosófica-política y por el carácter transgresivo de su escritura, no deja de plantear retos al lector para su cabal comprensión. Por otra parte ha contribuido a la construcción de este mito Rodríguez, la muy escasa difusión de su obra, fragmentariamente recuperada después de su accidentada peripecia vital. Y aquí aparece el otro aspecto que se agrega a lo que sería el proceso de mitificación de su figura: su vida o más específicamente toda una serie de anécdotas biográficas que lo han hecho ver como un personaje no solo extravagante sino también raro, arisco, que se desplaza entre la comedia y la tragedia de su incompreensión. Tenemos así un mito poliédrico.

De esta manera Rodríguez ha llamado más la atención por estas supuestas anécdotas biográficas que por su propia obra en la que en efecto destaca su excepcional genio crítico y creador. Sus biografías muchas veces hagiográficas o esquemáticamente escolares, raramente hacen justicia a su auténtica aventura vital y de pensamiento, a su angustia por el destino cultural, educativo y político de una América cuya emancipación para él no termina con la última batalla militar contra España. Buena parte de los trabajos biográficos insisten en el personaje Rodríguez viéndolo aislado, escindido de su propia producción intelectual. Una excepción al respecto es el trabajo de Rumazo González, pues, aunque

insiste en dar cuenta de su accidentada trayectoria vital, no la separa de su itinerario intelectual¹. Entonces, ¿se puede hablar de una verdad sobre Simón Rodríguez? Esta verdad, debería manifestarse como perspectivística y girar, creo, alrededor de la conjunción de su vida y obra, es decir una verdad referida a la pluralidad de lecturas que de sus escritos se han hecho. Lecturas que, a mi modo de ver, suelen centrarse abrumadoramente en el carácter pedagógico de los mismos y en examinar las influencias europeas que tuvo, dejando muchas veces de lado el sentido de crítica política y cultural que los recorre en su llamado permanente a estudiar las “sociedades americanas” desde ellas mismas. Una excepción a este respecto creo que es el trabajo de León Rozitchner². Este llamado a la emancipación cultural de América es, por supuesto, la misma consigna que en el plano político lo hermana a los libertadores venezolanos Miranda y Bolívar y que encontramos en los discursos poéticos e intelectuales de su contemporáneo venezolano Andrés Bello, y en los escritos filosóficos del mexicano fray Servando Teresa de Mier, con quien compartió aventuras existenciales.

Propongo considerar a Rodríguez en dos dimensiones: una, que denomino ensayística, remite a la consideración de su obra como discurso argumentativo, lenguaje-prueba que examina la realidad,

1 González, R. (2005). *Simón Rodríguez, maestro de América*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

2 Rozitchner, L. (2012). *Filosofía y emancipación. Simón Rodríguez: el triunfo de un fracaso ejemplar*. Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

propone ideas y se examina a sí mismo, escritura ensayística en la que dialogan razón e invención y otra dimensión, la de la ficción, que remite a la novela biográfica de Arturo Uslar Pietri (1906-2001) *La isla de Robinson* (1981) que explora la escritura dialógica y plurívoca del mito Rodríguez, en el que como hemos sugerido, confluyen realidad e imaginación.

Simón Rodríguez. Ensayar vida, escritura y república³

Propongo una relectura de los escritos de Simón Rodríguez (1769-1854) a partir de las nociones de disidencia, originalidad y humor como conceptos centrales vistos desde la consideración de su propuesta de un lenguaje alterno que da cuerpo a su particular escritura ensayística. Se trata de nociones estrechamente ligadas en la obra de Rodríguez.

Así, la noción de disidencia que involucra a su vez la de transgresión nos lleva a la noción de originalidad-(alteridad) de su escritura ensayística, pues ésta es de algún modo consecuencia de su trabajo transgresivo con respecto al canon de la filosofía clásica, sistemática.

Por otra parte, vida y producción intelectual no están disociadas en Rodríguez. Hay marcas de enunciación personal en sus textos. A este respecto creo que en buena medida su

actitud transgresiva o disidente, de rechazo a la estratificada y jerarquizada sociedad colonial, su humor irónico y a veces cáustico, pueden tener mucho que ver con su condición de niño expósito. Solo que a quienes nos interesa esta necesaria relación vida-obra, nos encontramos con extensos e inquietantes silencios o vacíos que han llevado a que su biografía, tan impregnada de anécdotas extravagantes, se desplace entre la historia y la imaginación novelesca.

En este sentido, la actitud iconoclasta que expresa su escritura ensayística y sus renovadoras propuestas educativas y socio-políticas que lo convirtieron en un auténtico revolucionario, en un adelantado de su época, y el desconocimiento que paradójicamente se tiene de su vida, han hecho de nuestro autor un personaje, una máscara, un enigma en el que dialogan ficción y realidad, fantasía, mito e historia.

Lo que propongo no son sino algunas notas de lectura que puedan estimular un más detenido acercamiento a sus textos. Valiéndonos de la expresión de Julio Cortázar, podemos decir que fue un “cronopio”, un disidente, un transgresor de la norma, que quiso hacer valer su derecho a la diferencia, a un estilo muy personal de escritura y de vida como manifestación de la tan pregona y escasa libertad de su tiempo.

Disidencia

En un momento determinado de su azarosa existencia, Simón Rodríguez fue tildado de “loco”. En efecto, en 1849 ya en los años finales de su vida, cansado de intentar, una y otra vez, conseguir apoyo para llevar a la práctica, ensayar sus renovadores proyectos educativos, él mismo reconoce que “por todo fruto de mis buenos oficios he conseguido que me traten de LOCO”. Y agrega: “Los niños y los locos dicen las verdades”⁴.

Esta última frase la irá a repetir como un *ritornello* quizás para insistir que enuncia desde la disidencia, desde ese margen de autenticidad y verdad propio de un niño o de un loco. En realidad sabemos que ese calificativo de “loco” fue un modo de exclusión social y política ligado al profundo sentido de crítica social y política que tenían sus propuestas alternativas. Rodríguez expresó frontalmente su disidencia con respecto a los ya múltiples laberintos de un poder político, de unas estructuras de mando personalistas en los que a su modo de ver se comenzaban a extraviar las nuevas repúblicas.

Pero la disidencia de Rodríguez tiene también mucho que ver con la particular conformación de su personalidad y su

4 Rodríguez, S. “Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana”. *Inventamos o erramos*. P. 189.

heterodoxa visión del mundo. Está ligada a las condiciones de su nacimiento y de su educación desde la primera infancia. Nos referimos a esa terrible herida simbólica que debió significar para él ser “niño expósito”.

Ello involucraba en el contexto de la sociedad colonial en que le tocó nacer y vivir, estar al margen, estar expulsado. Ser tildado de “loco” no fue sino una manera de continuar y confirmar esa exclusión que marcó su nacimiento, su infancia, su vida. Contra esa exclusión permanente se rebelará en su firme actitud de disidente.

Esa disidencia se expresa en toda su producción discursiva en la que es manifiesto su afán no sólo por la elaboración de un discurso pedagógico alternativo sino por la construcción misma de una república de ciudadanos, fundada en principios arraigados en nuestra original, alterna cultura americana, en una ética ciudadana que supone la ruptura con el jerárquico y monástico orden colonial.

Hay en Rodríguez sin duda, en lo que conocemos de su vida, en su pensamiento y discurso, un radical sentido de rebelión, de disidencia y revuelta contra eso que en términos psicoanalíticos pudiéramos denominar el Nombre-del-Padre. Una revuelta contra esa Ley-simbólica, paterna de una lengua y una autoridad impuestas.

Frente a un discurso, una ética y una manera de pensar coloniales, que la independencia no había logrado romper, nuestro autor propone otra ética, otra escritura, una manera de pensarnos en función de nuestras propias instituciones, saberes y experiencia cultural.

Volvamos a su infancia. Un niño de padres desconocidos como él o de un padre tachado por ser clérigo, en el contexto de una sociedad profundamente coactiva como la sociedad caraqueña colonial, no podía sino rebelarse contra ese poder omnívoro y castrador de la iglesia católica y de un Estado inquisitorial, tal como era el Estado español del siglo XVIII⁵.

La exclusión que experimenta Rodríguez desde muy temprana edad es doble: niño expósito y habitante de una lejana provincia de ultramar sobre la que recae todo el peso opresivo y la censura (discursiva, política) de un Estado imperial. Exclusión psicológica y política. De esa provincia tendrá que

5 La hipótesis que proponen algunos biógrafos —un tanto controvertida pues no ha sido comprobada— hace suponer que Rodríguez fue hijo del clérigo Alejandro Carreño. Se ha señalado que fue bautizado y “anotado en el registro de bautismo de la parroquia La Candelaria en Caracas como “expósito”, es decir, de padres desconocidos. Ser expósito en la época colonial era una afrenta; esta condición quedaba asentada en todos los documentos públicos y era ampliamente conocida por la comunidad... Las investigaciones de don Arturo Uslar Pietri acerca de una serie de noticias sobre el niño hacen verosímil la hipótesis de que su verdadero padre fue el clérigo Alejandro Carreño, y su madre una señora llamada Rosalía Rodríguez”. Morales, F. “Noticia biográfica” en *Simón Rodríguez*. P. 11.

emigrar para asumir otra identidad: la del disidente que decide incluso cambiar de nombre. Se llamará Samuel Robinson, en eco de la novela *Robinson Crusoe* (1719) del novelista inglés Daniel Defoe. Es un mozo.

...orgullosa y violento, rudo y sarcástico,
sus pensamientos toman espontáneamente
la forma de autoritarios axiomas...Tiene como
la secreta pasión orgullosa de la disidencia.
Se siente en pugna natural con las mas
de las formas de la vida social tradicional⁶.

Así, parte de Caracas hacia finales de 1795 y ya en 1800 lo encontramos en Bayona (Francia). Entre 1795 y 1800 vive en Jamaica, Baltimore, Filadelfia, en una errancia que no es solo existencial sino también simbólica. Es la errancia de un aprendiz nómada, de un disidente que busca denodadamente construir(se) otro discurso que dé cuenta de la alteridad que lo constituye. Esa alteridad de saberse ahora sujeto político, americano, un sujeto que altivamente ha asumido la conciencia de la necesaria emancipación, ya no solo personal sino también cultural y política, de todo un continente que se ha declarado en insurgencia.

6 Uslar, A. "Simón Rodríguez, el americano". *La invención de la América mestiza*. P.447.

Y será esa misma conciencia crítica, de disidencia radical frente al poder establecido lo que lo llevará a objetar la manera como se conducen los asuntos públicos, las instituciones, la educación de las nuevas sociedades americanas. Acusadoramente señala:

Se ha obtenido ya en América no la *Independencia* sino un *armisticio* en la guerra que ha de decidirla... (...¡¡¡¡Vergüenza da el decir que en el siglo 19, los hombres que se creen más distantes de los errores antiguos, sean los que están más imbuidos en ellos!!!...)7.

Tiene ya más de 50 años cuando escribe esto. Ha decidido regresar a América después de una larga errancia por Europa que lo ha llevado a vivir en Francia y a viajar por Italia, Alemania, Prusia, Polonia y Rusia. Decide regresar para participar en las luchas por la independencia. Lo hará desde el campo de la batalla por las ideas, convirtiéndose en un *outsider* incómodo. Observa unas repúblicas que están “establecidas” pero no “fundadas”. Esta disidencia tiene en Rodríguez, lo enfatizamos, un fundamental lado político puesto que hay en él un pensador político de las nuevas repúblicas americanas para quien la educación y la instrucción son la base de la configuración

7 Rodríguez, S. *Sociedades Americanas*. P. 19.

de nuevas ciudadanía críticas, en tanto, barreras que pueden impedir la desintegración de las nuevas naciones.

En Norteamérica aprendió el oficio de tipógrafo y ese arte de la combinación de distintos tipos de letras y signos de puntuación lo va a incorporar a un rediseño de la página en blanco para proponer una revolucionaria concepción y práctica de la escritura. Pero también en su peregrinación por Europa estudió filosofía, economía política, ciencias, artes, lo que hace de él una de las mentes más ilustradas y el ensayista más original del siglo XIX. Será precisamente ese saber ilustrado, esa penetrante inteligencia de un viajero que ha podido confrontar conocimiento humanístico, saber filosófico y experiencia de mundo, lo que le permite reinterpretar lo que ocurre en América y disentir de las desviaciones políticas que pretenden instalarse desde las estructuras de mando una vez lograda la independencia con respecto a España. Todo lo observa, interroga y reinterpreta desde una nueva perspectiva: la de la experimentación y reinención de nuevos códigos de escritura, es decir, la perspectiva de una ensayística que indaga a través de la comparación y la disidencia. Como parte de esa confrontación entre el viejo y el nuevo mundo, se le ha revelado la radical alteridad-originalidad de América.

Si los hombres pudieran valerse solos, no estarían en sociedad, y si pudieran entenderse no tendrían Gobierno. “Gobernar lo menos que se pueda” es máxima para pueblos viejos = la América es original hasta en su pobreza⁸.

Rodríguez, como el mundo que le ha tocado vivir en Europa y ahora de nuevo en América, está en transformación, en revolución. Así lo comprende y ensaya nuevas lecturas para ese viejo-nuevo mundo americano que busca su emancipación de Europa y su propia modernidad. Lo llaman “loco”. Lo hemos dicho: es un modo de tachar y expulsar de nuevo a ese niño expósito y disidente que hay en él. Un intento de anular su contra-discurso americanista. Un contradiscurso no solo pedagógico sino también político y social que cuestiona radicalmente el opresivo orden colonial y la preservación, una vez lograda la independencia, de las caducas instituciones políticas y sociales hispánicas y de los hábitos de pensar y gobernar que le son inherentes.

La escritura ensayística

En esta relación discurso crítico y revuelta contra el poder político, hay en Rodríguez una interrogación de las normas

8 Rodríguez, S. *Sociedades Americanas*. P.132.

éticas y lingüísticas que rigen el campo intelectual de su época. Su actitud disidente será poco compartida. En esto como en tantos otros aspectos de su quehacer, es también un solitario. Su soledad no es solo existencial sino también cultural y de criterio en relación a su original visión de América, del mundo, de las cosas. Por lo general el intelectual que se expresa a través de los espacios de opinión —periódicos, gacetas, revistas, libros, folletos, etc.— de la América posindependencia no tiende a asumir posiciones radicalmente críticas. En el ámbito de unas repúblicas que apenas culminan sus devastadoras guerras de independencia, que les dejan sumidas en el desorden político y económico, pocas inteligencias se sobreponen al clima de pesar y frustración que queda gravitando. Una atmósfera propicia para un cierto sentimentalismo romántico y decadente.

El intelectual en este período posindependentista tenderá más bien a la cercanía del poder que usurpan los nuevos caudillos. Pero Rodríguez no se pliega, a pesar de las inmensas dificultades (económicas, políticas, sociales) que tiene que afrontar. Es densa la atmósfera de incomprensión que se teje a su alrededor. Los pocos escritos que logra publicar en la prensa y los proyectos que presenta a las instancias de apoyo chocan con la incomprensión de las autoridades regionales. Solo Bolívar lo entiende y apoya. Pero hay una trama política

que conspira contra el Libertador. Por eso escribirá en Bolivia, en 1828, su defensa de Bolívar que titula *El libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social* que es un auténtico ensayo de interpretación política y social⁹.

Rodríguez emplea el término ensayo en su acepción de experiencia práctica ya sea política, social o educativa. Se trata, para él, de experimentar o ensayar sobre territorio americano, lo que a lo largo de su devenir cultural y existencial por diversos geografías ha logrado configurar como novedosa experiencia de pensamiento y lenguaje. Así, a su regreso a América, con las expectativas de encontrar apoyo para realizar sus ensayos educativos, le escribe a Bolívar en 1825 desde Guayaquil:

Yo no he venido a la América porque nací en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos y porque es U. quien ha suscitado y sostiene la idea¹⁰.

9 Rodríguez, S. *Inventamos o erramos*. P. 49-65.

10 Rodríguez, S. "Carta a Bolívar" en *Cartas*. P. 141.

Hay en la escritura de estos proyectos educativos y políticos que Rodríguez presenta a la consideración de las autoridades y de los gobiernos regionales un concepto radical de experimentalidad que se traduce en una heterogeneidad semántica que interpela y reta al lector. Lo cual puede plantearnos una posible paradoja, pues por una parte Rodríguez busca apoyo económico, político, y por otra parte esta heterogeneidad semántica nos puede hacer pensar que quizás esa, su escritura experimental, ensayística, y el lector lúdico, imaginativo que ella supone, no fueron imaginados ni concebidos para el siglo XIX, para su época. El lector parece llamado a armar y desarmar sus textos como si de un rompecabezas se tratara.

Pensamos que el lector medianamente culto del siglo XIX difícilmente pudo comprender esta dimensión radicalmente nueva, experimental, vanguardista, de una escritura que cuestionaba la conformación lógico-sintáctica del discurso e implicaba una reorganización y redistribución del sentido.

Pero esta aparente paradoja —buscar apoyo y plantear un proyecto ininteligible— se resuelve cuando observamos que la transgresión y transformación del orden político y socioeducativo se fundan en Rodríguez en la transgresión y revuelta de lenguaje (sintáctica, semántica) que su escritura involucra. Desde ella ensaya, es decir, inventa, propone otro

orden social, otra república. Se trata, por lo tanto, de una escritura verdaderamente alternativa. Es ilustrativo a este respecto el paralelismo que establece entre lengua y gobierno en el “Prodomo” de *Sociedades Americanas*, tan adelantado en las diversas implicaciones que supone entre lengua-poder-saber¹¹. Dice Rodríguez:

La lengua y el Gobierno de los Españoles están en el mismo estado...

Necesitando reforma y } por una parte
 pudiendo admitirla }

Y por otra

los Reformadores }
 tentando de varios }
 modos, sin dar con }
 el verdadero¹²

11 Implicaciones que un estudioso como Foucault devela en todas las manifestaciones rizomáticas del poder, deteniéndose en el examen de los procedimientos de coacción, control y delimitación de los discursos. Cf. Foucault, M., (1970). *El orden del discurso*. Tusquets Editores: Barcelona.

12 Rodríguez, S. *Sociedades Americanas*. P 11.

Habría que destacar que se trata de una escritura ensayística fragmentaria y discontinua, lo cual supone además de la ruptura de la secuencialidad lineal del discurso, la transgresión y confrontación con el canon de la filosofía clásica occidental. En este sentido Rodríguez transgrede uno de los parámetros fundamentales de la retórica de su tiempo: “elocuencia”. Aspecto éste que lo distancia de su contemporáneo Andrés Bello para quien la “elocuencia” siempre fue una de las pautas fundamentales de lenguaje.

El espacio crítico, interpretativo e interpelativo, semánticamente heterogéneo del ensayo, es el espacio propio de esta escritura heterológica, creativa, experimental, cuestionadora. El espacio que libera a Rodríguez del casillero monológico de una pedagogía tradicional que pretendió reducirlo a la condición de “maestro del Libertador”. Del enunciado como forma normativa y monolingüística pasamos en Rodríguez a una escritura ensayística que desde su movilidad gráfica, desde su intencionalidad pictórica y musical, desde la puesta en crisis de su enunciación, desde la acogida y resonancia de los saberes y lenguajes populares, cuestiona las ideas dogmáticas y los métodos de enseñanza-aprendizaje disciplinarios, coactivos, tan imperantes en su época y aún después.

Hace parte de esta hibridez y experimentalidad, por supuesto, la movilidad visual que le imprime a sus textos el jue-

go de la escritura con los espacios en blanco de las páginas, así como el juego con los distintos tipos de signos (interrogación, admiración, corchetes, bastardillas, llaves) y de letras (mayúsculas, minúsculas, itálicas, cursivas, etc.). Igualmente contribuye a ello la presencia y/o alusión a elementos simbólicos propios del lenguaje de la música y de la pintura.

Puesto que el lenguaje es fundación de cultura, Rodríguez propone ensayar, es decir, crear las nuevas repúblicas americanas sobre la base de refundar la lengua o reformarla como él lo indica a partir de la experiencia de habla de los americanos: “escríbase como se habla, puesto que en su origen los sonidos representaron las cosas, y las letras la boca”, dirá enfáticamente.

Ensayar es pues, para Rodríguez inventar otra forma, la del ensayo, desde cuya libertad lúdica, teatral, humorística, propone refundar vida, escritura y república.

Originalidad

Aún cuando sabemos que la originalidad absoluta no existe, pues todo lenguaje, texto o cultura remiten al diálogo y cruce con otros lenguajes, textos o culturas, el concepto de originalidad en Rodríguez puede ser leído en varios registros:

1.-En un registro antropológico pues la originalidad en él está referida a un modo de ser específico de la cultura americana. En esta acepción o registro el concepto de originalidad es contrario a la idea de imitación. Dice Rodríguez:

¿Dónde iremos a buscar modelos?...

La América Española es *original* = ORIGINALES han de ser sus instituciones y su gobierno = y ORIGINALES los medios de fundar unas y otro.

*O inventamos o erramos*¹³.

2.-En un registro de carácter educativo pues la originalidad de América ha de traducirse en una actitud y un comportamiento ético-educativo: la formación de ciudadanos americanos. La educación en América debe tener un propósito ético y revolucionario: la transformación del individuo en sujeto-ciudadano plenamente consciente de su origen, de su adscripción a sociedades originarias, tal como lo son las sociedades americanas. La educación en las nuevas repúblicas debe ser “popular”, es decir, “general”, con “Destinación a Ejercicios Útiles”; es decir, debe enseñarse a vivir y debe —según Rodríguez— tener “Aspiración fundada a la Propiedad”,

13 Rodríguez, S. “Sociedades Americanas” (edición de 1842) en *Sociedades Americanas*. P.88.

es decir, una propiedad de bienes determinadas por el esfuerzo personal y colectivo.

3.-En un registro formal y textual. Su propuesta de escritura es original en la medida en que es experimental. No se conocen antecedentes de una propuesta tan renovadora y audaz, revolucionaria, como ésta de Rodríguez, en el ámbito de Hispanoamérica. De allí que se le pueda considerar un adelantado de las vanguardias literarias y artísticas del siglo xx, dado el carácter lúdico y de experimentación lingüística que su propuesta de escritura involucra. Se trata de registros o acepciones que están, por supuesto, íntimamente relacionados.

En Rodríguez la originalidad supone la necesidad de reinventar nuestras sociedades desde la especificidad y heterogeneidad culturales que están en sus orígenes. Un regreso a los orígenes no desde la lamentación nostálgica por lo perdido sino para refundar en la re-vuelta, en la transformación. Estas han de traducirse en resignificación de nuestra cultura y de nuestras instituciones sociales y políticas. Así, lo original está necesariamente vinculado a los orígenes, pero la escritura ensayística de Rodríguez involucra relectura de estos.

Su, vanguardista propuesta de escritura ensayística está planteada, como hemos dicho, desde la perspectiva de un lenguaje absolutamente experimental, alterno, que incorpora como uno de sus elementos renovadores fundamentales su humor. Un humor irónico y paródico, estrechamente ligado a su herética y nómadas experiencia vital, pero también a su modo de apropiación antropofágica, canibalesco, de la tradición literaria y filosófica occidental¹⁴.

La originalidad-(alteridad) que está en Rodríguez no es pues, solo formal, lingüística, es un concepto central de su renovador pensamiento americanista, que nos permite comprender su particular visión y concepción de la cultura americana.

La originalidad supone en él una mirada alterna que fren-

14 El concepto de antropofagia ha sido desarrollado en el contexto de la literatura modernista brasileña por Oswald de Andrade a partir de escritos suyos como el famoso *Manifiesto Antropofágico*. La antropología oswaldiana "es el pensamiento de la devoración crítica del legado universal, elaborado no a partir de la perspectiva sumisa y reconciliada del "buen salvaje" sino una transculturización; o mejor aún, una "transvalorización": una visión crítica de la historia como función negativa (en el sentido de Nietzsche), que sea capaz tanto de apropiación como de expropiación, desjerarquización, deconstrucción. Todo pasado que nos es "otro" merece ser negado. Se puede decir: merece ser comido, devorado. Con una aclaratoria: el caníbal era un polemista (del griego pólemos= lucha, combate) pero también un "antologista": solo devoraba a los enemigos que consideraba valientes, para sacarles la proteína y el tuétano para robustecer y renovar sus propias fuerzas naturales..." . De Campos, H. *De la razón antropofágica y otro ensayos*, pp.3-4 .

te a las desviaciones y degradaciones de orden político nos impulsa a retomar lo que de auténtico americano hemos dejado de lado para “imitar servilmente” lo europeo. Involucra no una pureza étnica o cultural sino una reelaboración de la tradición que se traduzca en una ética ciudadana, arraigada en el “bien general”¹⁵.

Es así como la originalidad es una exigencia ética ligada a la necesidad de reforma que exige la instrucción pública en el siglo XIX. Dice Rodríguez:

La Instrucción Pública en el siglo 19,
pide mucha filosofía:
El interés general está clamando
por una REFORMA
y...la América!!
está llamada, por las circunstancias,
a emprenderla...
los acontecimientos irán probando

15 Rotker señala: “...la escritura de Rodríguez introduce lo heterogéneo: sus textos representan la sociedad de un modo diferente al que se estaba imponiendo...lo que Rodríguez pone en evidencia es una verdad incómoda, velada por la escritura oficial: dos o tres décadas después de la proclamación de la Independencia aún no se había hecho nada por cambiar el fondo de las cosas...los terrateniente y la Iglesia conservaron sus propiedades y las condiciones coloniales de discriminación apenas variaron para campesinos y negros, si bien se abolió legalmente la esclavitud”. Rotker, S., (2005). “Simón Rodríguez: la carcajada más seria del s. XIX” en *Bravo Pueblo. Poder, utopía y violencia*. P. 102-103. La nave va: Caracas.

que es una verdad muy obvia:
la América no debe imitar servilmente,
sino ser ORIGINAL¹⁶.

América es para Rodríguez la otra frontera en la que se encarna su propia vida de expósito, errante y mestizo. Una frontera que exige, según él, re-pensar la lengua, la cultura, el conocimiento que le son inherentes dada su conflictiva heterogeneidad étnica, el sincretismo religioso, la diversidad cultural que la constituyen.

Desde su concepción del saber y de la educación como medios de liberación personal y social, cuestionadores de las verdades establecidas y del poder opresivo, Rodríguez propone una interpretación de la *originalidad* de América a partir de la consideración del saber y cultura propios, específicos, que define a las culturas indígenas, también llamadas *culturas originarias*. Pero no lo original en una perspectiva histórica y antropológica como esencia inmutable sino mas bien como *diferencia*, como alteridad que está en el corazón de las nuevas naciones-sociedades americanas que se hacen en el diálogo entre tradición y modernidad, entre lo propio y lo ajeno.

16 Rodríguez, S. "Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana". *Sociedades Americanas*. P.286.

Una *originalidad* que Rodríguez pensó como barrera protectora de las nuevas sociedades americanas frente al liberalismo extranjerizante y que exige *ensayar*, es decir, re-inventar *vida, escritura y república*.

Humor

Su modo de asumir la vida a partir de la errancia y la condición misma de expósito y rebelde, propician en él un sentido de la extrañeza y un humor herético muy particulares, que se constituyen en rasgos distintivos de su personalidad y de su escritura¹⁷.

En efecto, como una suerte de corriente alterna, a la vez emotiva y de inteligencia sensible, el humor herético de Rodríguez impregna la mayor parte de su producción escrita, haciéndose visible fundamentalmente a través del modo sinuoso de la ironía y la parodia, pero también a través de esa suerte de demonio lúdico que lo lleva a contrastar diversos tipos de letras y signos y a jugar con los espacios en blanco de la página, intentado “pintar” una nueva educación y un nuevo arte de vivir y de gobernar para unas nuevas sociedades americanas.

17 Valera se ha referido al proceso de formación de Rodríguez como un proceso en el que se combinan “lo genial, la iconoclasia y la extrañeza”. Valera, G. (mayo-octubre, 2009). “Simón Rodríguez, la bildung de un extraño”. *Revista Sul-americana de Filosofia e Educação*. RESAFE. Núm. 12. Universidad de Brasilia. Pp.104-117.

Lo que está documentado de su biografía revela, como lo hemos señalado, un estilo de vida libertario, nómada, en lucha constante por su independencia de criterio y de actuación. De allí su temprana decisión de partir de su ciudad natal (Caracas) y de no tener dependencias afectivas: ni de hogar, ni de familia, ni de lar nativo, lo que se corresponde con su posible identificación con una de las máximas centrales de la filosofía de los cínicos, tal como lo sugiere García Bacca:

De Diógenes el cínico se cuenta que durante el día, a plena luz, se paseaba por Atenas con una linterna encendida, “buscando, decía, un hombre”...De Simón Rodríguez se ha conservado el retrato hecho por un discípulo suyo: A. Guerrero en Latacunga, hacia 1850. Simón Rodríguez se dirige, al parecer, a casa por la noche, llevando una especie de linterna sujeta en la parte inferior del bastón, para alumbrar el camino¹⁸.

Bolívar, que lo conoció muy de cerca señala este sentimiento de errancia, de “cosmopolitismo”, y de desapego que

18 García Bacca, J. “Simón Rodríguez: pensador para América”, (prólogo). *Simón Rodríguez Sociedades Americanas*. P.XXI.

hacen parte de su formación y de su carácter. En carta que dirige a su hermano Cayetano Carreño, Bolívar le dice: “...su hermano de usted es el mejor hombre del mundo, pero es un filósofo cosmopolita, no tiene patria, ni hogares, ni familia, ni nada”. Ciertamente, mucho del humor y de la conducta de Rodríguez lo acerca a esta antigua filosofía que hace del desprendimiento, la austeridad, la práctica de lo elemental y el gusto por la provocación, toda una ética y un arte de vivir¹⁹.

A la vez instrumentos de conocimiento y de representación sensible del mundo, ironía y parodia son en nuestro autor modalidades figurativas de su imaginación y de su humor irreverente y transgresor. Uslar Pietri, al comentar el aspecto amoroso y sentimental de Rodríguez, ya en los años de su vejez, cuenta una anécdota que mucho dice de su humor irónico, cínico:

Las mas de las veces vive amancebado
con humildes mujeres de pueblo. Un día
se le marcha una con galán y el viejo
deslenguado le dispara al raptor esta

19 Michel Onfray señala como los cínicos hicieron del signo del perro uno de sus emblemas predilectos a la vez que observa que gustaban de los espacios marginales o fronterizos propios de los excluidos tales como las afueras de las ciudades o los linderos de los cementerios. Para ellos, señala Onfray, el filósofo debía practicar la mordedura “con fines pedagógicos: a través de ella procuraban inculcar mas sabiduría y virtud”. (Michel Onfray. *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados “perros”*. Pp.35-43.

inesperada misiva: “Muy estimado amigo:
sírvasse devolverme mi mujer, porque
yo también la necesito para los usos
a que usted la tiene destinada²⁰.”

Su humor, como su vida misma, no conoce fronteras: es corrosivo, interrogativo, satírico, desmitificador. Penetra para desacralizar y confrontar. Es crítico del poder y a veces parece destilar algo de esa bilis negra con que los antiguos asociaban humor y melancolía. Ya en los años finales de su vida, viéndose despreciado por sus propios “paisanos,” en carta que dirige al Sr. Don José Ignacio París de fecha 30 de enero de 1847 le dice:

Ya estoy cansado de verme despreciar por mis paisanos. Abogaré, si, por la primera enseñanza, como he hecho siempre, porque mi patria es el mundo, y todo los hombres mis compañeros de infortunio. No soy vaca para tener querencia, ni nativo para tener compatriotas. Nada me importa el rincón donde me parió mi madre, ni me acuerdo de los muchachos con quienes jugué al trompo²¹.

20 Uslar, A., (1996). “Contentarse con poco”. *La invención de América mestiza*. P.462. Fondo de Cultura Económica: México.

21 Rodríguez, S. *Cartas*. P.201.

La ironía y la parodia hacen parte esencial de una escritura que es sorpresivamente moderna en su autorreferencialidad crítica. *Sociedades Americanas y Luces y Virtudes Sociales* son libros que se van haciendo en la misma medida en que se van fragmentando y autocomentando irónica y paródicamente, animados por un extraño pero incisivo demonio lúdico y experimental, como no lo expresara ningún autor hispanoamericano de su época. Es este ensayar experimentando otra forma de escritura, desde una ironía y parodia que constantemente hacen guiños al lector, lo que le otorga a sus textos este carácter moderno, irreverente, que es absolutamente ruptural en su época y aún hoy solicita nuestra atención y sorpresa. Parodiar e ironizar los modelos expresivos de su época significó no sólo romper con una literatura grave y solemne, dada a la oratoria ceremoniosa, sino más aún, romper con modelos de pensamiento absolutamente constreñidos, sofocados por el peso de una lengua y una moral coloniales.

Transgredir desde el humor, desde la ironía y la parodia, desde la sátira, desde los juegos de palabras y de frases, desde una escritura que se hace y se deshace en su composición y en sus sentidos, significaba para Rodríguez golpear en la lengua española de su época, esa piedra fundacional de una cultura y de una ética, fuertemente atada a la iglesia católica y garante del poder colonial hispánico. De allí su insistencia en la necesidad de reformar la lengua, de escribir como se

habla y sus constantes ironías con respecto a instituciones normativas como la Academia Española de la Lengua. Por eso dice, no sin ironía: “Es regular que, con el tiempo, llegue la ortografía a simplificarse y fijarse...puesto que cada año sale una nueva, con algo de mas o de menos”²² .

La ironía y la parodia en tanto que figuras propias de ese humor irreverente, herético, de Rodríguez, son mecanismos retóricos utilizados para hacer pensar al lector. De allí que la lectura de sus textos ha de involucrar una conciencia crítica del lenguaje, de la pluralidad de sentidos que se esconde detrás de cada palabra, de cada noción, de cada juego de frases o de conceptos. Tal la ironía y la parodia con la que se alude a las relaciones entre autor, lector y editor que, en el contexto de la autorreferencialidad de la escritura, expresan una concepción irreverente del libro. Este deja de ser una cosa sagrada, una mercancía-fetiché para convertirse en un instrumento de crítica social, educativa, política. *Sociedades Americanas* se inicia comentándose a sí misma, advirtiendo que:

Tan EXOTICO debe parecer
el PROYECTO de esta obra
como EXTRAÑA
la ORTOGRAFÍA en que va escrito

22 Rodríguez, S. *Sociedades Americanas*. P.40.

En unos Lectores excitará, tal vez la RISA
en otros...el DESPRECIO

... ..

De la RISA
podrá el autor decir
(en francés mejor que en latín)
*Rira bien qui Rira le denier*²³.

La autorreferencialidad de la propia escritura se vuelve paródica a través de los distintos nombres-espacios en los que el libro (Sociedades Americanas) se va haciendo y autorrefiriendo: prefacio, prodomo, proemio, prólogo. Espacios en los que, como hemos señalado, se teatraliza irónica y paródicamente el libro que se ve así lúdicamente deconstruido y desmitificado a través de las alusiones críticas a las consagradas nociones de autor-lector-editor.

El autor será...
(aquí pondrá cada uno lo malo que le parezca)...
Pero no se trata de su persona... ..
Si alguien impugna debe ser con la laudable
intención de impedir que los
lectores incautos se engañen²⁴.

23 Ibid, p. 5.

24 Ibid, p. 6.

Esto es lo que define su ensayar: jugar con este espesor plural del sentido que Rodríguez conoce a través del origen y etimología de cada palabra para despertar nuevas interpretaciones. La ironía y la parodia provocan esta refulgencia del sentido que reta la capacidad interpretativa del lector. La utilización de un lenguaje desenfadado, en diálogo permanente con formas y giros provenientes del español de uso popular y oral enfatiza este carácter irónico de una escritura que es el reverso paródico, irreverente, de los grandes libros y tratados de la ilustración. De este modo, al libro como objeto de culto, Rodríguez propone el antilibro: la escritura que se hace, desconstruyéndose a sí misma, en los filosos pliegues de la ironía y la parodia.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Campos, Haroldo de (2000) *De la razón antropofágica y otros ensayos*. Selección, traducción y prólogo: Rodolfo Mata. México, Siglo XXI.

García Bacca, Juan David. “Simón Rodríguez, pensador para América” en Simón Rodríguez. *Sociedades Americanas*. Caracas, 1990. Biblioteca Ayacucho.

Morales, Fabio (1992). “Noticia Biográfica” en *Simón Rodríguez*. Caracas, La Casa de Bello, Col. Juvenil.

Onfray, Michel (2004). *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros*. 2ª ed. Trad. A. Bexio, . Buenos Aires, Paidós.

Rodríguez, Simón (1980). *Inventamos o erramos*. Selección y estudio introductorio: Dardo Cúneo Caracas, Monte Ávila.

Rodríguez, Simón(1990). *Sociedades Americanas*. Prólogo: Juan David García Bacca. Biblioteca Ayacucho

Rodríguez, Simón(2001). *Cartas*. Estudio introductorio: Jesús Andrés-Lasheras Caracas: Ediciones Rectorado Universidad Experimental Simón Rodríguez.

SIMÓN RODRÍGUEZ, DESDE EL ENSAYO Y LA FICCIÓN

Las ideas educativas de Simón Rodríguez quedaron opacadas por ser el maestro del Libertador, pues los textos no destacan la importancia de sus investigaciones ni profundizan en sus planteamientos, los cuales eran avanzados para la época. Esto le ocasionó la incomprensión de sus coterráneos. En esta publicación el autor se propone destacar la filosofía educativa del intelectual caraqueño.

Douglas Bohórquez (Maracaibo, 1951)

Poeta, ensayista, investigador y profesor de Literatura de la Universidad de Los Andes. Es doctor en Semiología egresado de la Universidad de París VII Denis Diderot y licenciado en Letras graduado en la Universidad del Zulia. Ha sido profesor invitado en varias universidades europeas y latinoamericanas. Ha publicado los textos *Escritura, memoria y utopía en Enrique Bernardo Núñez* (1990), *Teresa de la Parra del diálogo de géneros y la melancolía* (1997), *Fabla del oscuro* (1991), entre otros.

